Tomo 8

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 18

San José, Costa Rica — 1924 — Lunes 21 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA



CARLOS ARTURO TORRES

(*Cromos.* Bogotá). (Por Acebedo Bernal).

El Maestro

CUANDO se hayan sucedido los siglos a los siglos, no quedarán de este barajar de nombres colombianos sino el de aquellos pocos que ayudaron a realizar nuestra primordial exigencia: la educación. Entre los primeros, se destacará el del hombre luminoso que fué Carlos Arturo Torres.

Precisamente, el claro esfuerzo de este alumbrador y director de almas, se dirigió a eliminar de las perniciosas influencias humanas, las de aquellos individuos y aquellas supersticiones que impiden o entraban nuestra ascensión en el mundo de los civilizados; y a que la memoria y el prestigio de tántos caudillos y de tántos mitos como nos han inficionado, se anulen y mueran en la conciencia infantil de nuestros pueblos.

El mismo definió la calidad altísima de su apostolado cuando describió el que necesita Colombia, «que se identifica por modo superior con el apostolado del ideal, como hoguera encendida en una cumbre muy alta; para ascender hasta la irradiación vivificadora de sus llamas, cumple llenar la tarea tres veces santa de fortalecer los músculos nacionales por el trabajo, de serenar el corazón por la tolerancia y de levantar el espíritu por la justicia».

Este hecho de la educación pública, de la ilustración de las democracias, que tuvo siempre una altísima significación ética y social, la tiene hoy—de modo imponderable—para la independencia política y económica de los pueblos. Los teorizantes y los practicantes del moderno imperialismo, a la manera de Roosevelt, Hughes, Lenine, Sheperd, Rusell, etc., quieren y anuncian que las únicas naciones que pueden gozar de plena soberanía son aquellas cuyos hijos estén preparados técnicamente para el triunfo y el dominio. Puede suceder que ésta no sea la doctrina de la moral más pura, pero hay mil indicios positivos de que ella es la que está dirigiendo a los estadistas y la que acabará por predominar.

De allí la importancia decisiva—actual y política—de la educación y de educadores de las masas.

Lo fué Carlos Arturo Torres, no sólo por la austeridad de su conciencia, la claridad de su talento y la extensión de su cultura (cualidades que caben en los grandes fanáticos, que son los *deseducadores* más peligrosos), sino por el acierto maravilloso con que penetró en el fondo de nuestros pueblos ibero-americanos, desentrañó sus defectos capitales y los exhibió para lección y correctivo.

Allí está, para demostrarlo, toda su obra político-social, concretada en ese libro apostólico, en esa propaganda evangélica que, siguiendo la idea de Bacon, tituló *Idola Fori*.

Libro que debería ser de lectura en nuestras escuelas primarias, de estudio en los colegios, de meditación en las universidades, de propaganda en las bibliotecas populares, de serena lección en los escritorios de los estadistas, y de educación para todos.

Se dice allí, en forma gallarda y definitiva, por qué y por dónde pecamos más, qué aberraciones debemos destruir y qué principios debemos levantar. Es un resumen incontrovertible de las razones de nuestra inferioridad y un derrotero seguro para alcanzar la ansiada y hoy tan lejana superioridad.

Ese libro que es, a un tiempo, llama y faro, quema las supersticiones políticas que entenebrecen el espíritu colombiano y se dedica a demostrar las verdades sociales que deben reemplazarlas.

Recuerda a los conductores políticos, y la desarrolla, la doctrina de Beasconfield, según la cual el deber de los estadistas es efectuar por medios pacíficos y constitucionales todo lo que haría una revolución por medios violentos; doctrina de actualidad colombiana, que señala el camino de las presentes oposiciones.

Allí analiza la noble fisonomía del grupo republicano independiente que rompió con Blaine en 1884, precursor del tercer partido que hoy se destaca como purificador de la política corrompida de Norteamérica y que es programa de altas ideas ibero americanas. Habla del grupo de los *mugwump*, «vinculación» de superiores capacidades políticas, cuyo concepto de la autonomía personal les vedaba el sometimiento incondicionado a las exigencias de los partidos; es, en rigor, más bien una escuela política que un partido; es el espíritu cuyo honrado latitudinarismo se coloca fuera de los partidos y encima de ellos; no es una falange, es una teoría que inscribe en sus armas el lema del florentino inmortal: «Aquel a quienes los gibelinos llaman güelfo, y los güelfos gibelino, ése está en lo cierto».

Vapula aquella monstruosa y tiránica superstición, que la propia conciencia rechaza y el hábito mantiene, que ni siquiera es *un partido*, sino *el partido*, al cual sacrifican nuestros hombres—y nó de los ignorantes—la independencia individual y el libre pensamiento. Dígase si no es éste el humilde vasallaje que altas inteligencias rinden a torpes caudillos, que pasan por representar ese ídolo: *el partido*.

Consuela Carlos Arturo Torres a los que ejercen el apostolado social—se consuela él mismo—cuando advierte: «No es una corriente unánime ni una mayoría poderosa, sino un grupo desamparado y casi siempre una mente de elección quien señala a los pueblos, en los momentos de extravío o en la tenebrosidad de las regresiones, la vía de salud y las cúpulas de la ciudad futura. No es de un gobierno, así sea el más despótico de ellos, de donde parten para ese pensador o para ese grupo, las más aviesas asechanzas y las persecuciones más implacables; es la sorda hostilidad de la opinión dominante, la tácita reprobación de las mayorías, la abrumadora adversidad del medio, la que aisla en una suerte de cuarentena moral a los audaces que denuncian el prejuicio universal y sacuden, arrojando indiscretas chispas, la antorcha de la verdad sobre el espeso manto de tinieblas en que las multitudes se envuelven obstinadamente para negar la luz».

Se dirá que esta apoteosis que hoy hacen la república oficial y la república de las letras a Carlos Arturo Torres, es un mentís a tan amargas sentencias. No; la apoteosis es la confirmación: ella se tributa porque está muerto; la gloria no alumbró su vida sino que ilumina pálidamente sus restos; pero sus ideas siguen sufriendo las más aviesas asechanzas, y encerradas en una cuarentena moral. Y aún ahora, muerto, se le escarnece llamándolo *General*, y se desconoce su obra, tributándole honores militares, los mismos con que se sepulta a los caudillos, tan combatidos por el.

Continúa siendo en Colombia una necesidad premiosa el desterrar lo que Torres llamaba la deificación de los hombres de presa, de los héroes y de los providenciales, forma de superstición aristócrata en un pueblo demócrata; y el oponerle el respeto a la ley, el concepto de dignidad nacional y el culto serio de la libertad.

Creía Torres, con generosa esperanza, que la presente centuria abriría una *tournant* en nuestra vida de nación y que nuestros partidos no volverían a inscribir en sus banderas, como negras palabras de un odio encendido, aquí *tradición*, allá *porvenir*, aquí *autoridad*, acullá *libertad*, sin tener en cuenta todo lo que hay de relativo y de conciliable entre esos extremos. Pero es lo cierto que si pudiera abrir los ojos allí mismo donde están hoy sus despojos, y mirar alrededor, vería que las fatídicas paralelas siguen cubriendo y abrasando la tierra y las almas colombianas.

Si queremos seguir las sabias ense-

fianzas del maestro y del vidente, precisa que—como él—apartemos los ojos de las pequeñeces del momento, tan perturbadoras del criterio, y tratemos de comprender las leyes que rigen la historia humana. En ellas aprenderemos, con Tarde, que «las fuerzas opuestas, incapaces ya de ensancharse más, tienen que conciliarse, siguiendo las leyes de la adaptación»; comprenderán los revolucionarios que la sociedad no se transforma en un día y que la violencia retarda la realización de sus ideales; y los retardatarios, que es imposible impedir las transformaciones necesarias, y que ellos mismos las aceleran con la resistencia.

Con una visión cuya agudeza no alcanzamos a ponderar, señala Torres como procesos ineludibles de una de esas transformaciones necesarias, el paso de la familia al clan, de éste a la comuna, de la comuna a la provincia y de aquí a la nacionalidad, para terminar—acaso no muy tarde—en un concepto generoso de humanidad, en una ampliación mundial de nacionalidades.

Desconsuela el pensar que nosotros estamos apenas saliendo—y no del todo—de aquel estado que se confina en rivalidades de familia, y que vivimos en luchas de clan y de parroquia, abarcando el concepto de provincia sólo por sus aspectos antagónicos con las otras provincias y teniendo de la nacionalidad—que es la patria—apenas una noción imprecisa y estéril.

Hablando de José Enrique Rodó—ese hermano espiritual de Carlos Arturo Torres—referíamos que un compatriota nuestro fué recibido cordialmente por el Pensador, y mostrándole un retrato de Torres que estaba colocado en lugar preferente de la pieza de trabajo, le dijo:

—Aquí tiene usted a uno de mis maestros.

¡Maestro de Rodo! Esto es, lo mismo que fué Renán. ¡Qué mayor consagración para el apóstol colombiano y cómo ella es suficiente para llenar de luz y de consuelo la cuarentena ideológica en que vivió y murió nuestro enorme compatriota!

Torres confirma incidentalmente aquella declaración de Rodó cuando advierte que las diferencias entre jacobinismo y liberalismo, que tan sabiamente estudió el escritor uruguayo, lo habían sido antes por el colombiano, en periódicos y ensayos de sociología.

Ponemos fin a este ligero estudio —para el que hubiéramos deseado mayor espacio—con las siguientes verdades del maestro egregio, dignas de su pluma y de su vida:

«El valor que consiste en desafiar la impopularidad y en atacar de frente los prejuicios poderosos, es raro en la raza latina; Goethe dijo una vez: «Todo francés que se atreve a pensar por sí mismo, es un héroe», mas no es esa una razón que nos vede el levantar nuestras personalidades a la altura de ese heroísmo, sustituyendo, si vale la síntesis, al criterio de lo inmutable, al criterio de lo progresivo y a las convicciones tradicionales e inquebrantables, las convicciones racionales y perfectibles. Ese es el mensaje supremo de estas paginas».

C. E. RESTREPO.

(Cromos, Bogotá).

Homenaje a Carlos Arturo Torres

TAMBIÉN el noble pensador de *Idola Fori*, tendrá, como César Conto, su *retour des cendres*.

Mas el caso es distinto, y aun contrario. Una larga agonía dilatóse para Conto en tierras remotas, donde era apenas un extraño y adonde voluntariamente se había proscrito; en aquel ambiente de tristeza sólo tuvo un amigo para cerrarle los ojos. Torres sucumbió, fulminado súbitamente, bajo los suntuosos artesonados de la Legación en que él era Ministro de su propio país, y entre los festejos espléndidos del centenario venezolano; su lecho de muerte vióse rodeado por ilustre concurso internacional, y su frente de moribundo fué besada por la compañera hermosa y por los hijos gallardos que habían de prolongar en la sucesión del tiempo su nombre, su honor, su gloria y sus alabanzas.

En todo y por todo, el contraste resulta de un paralelismo angustioso. Conto conoció en la juventud las embriagueces triunfales, y para él fueron los evohés de las consagraciones victoriosas. Había visto a los suyos como árbitros del país; mas cuando su tránsito, vencido, medio Colombia miraba regocijado ese vencimiento, que era el del partido liberal. Torres, afiliado al liberalismo precisamente en la hora de principiar el grande eclipse, sólo supo en sus verdes años de las amarguras de la derrota y para él restallaron el dicterio, la contumelia, el sarcasmo: cual él mismo lo cantó simbólicamente en *El Vencido*—que dedicara a aquella bizarra ánima de futuro mártir que fué Juan Francisco Gómez Pinzón—en tal ciclo,

«como última expresión de aceda angustia,
así dejó grabadas sobre su frente mustia
la injuria sus salvas, sus sombras el dolor».

Y si no pudo ver a los suyos rigiendo los destinos del país, el tránsito de él verificóse en hora blanca de reconciliación nacional, cuando todos, aun sus más fieros adversarios, reconocieron cómo, en una vida de desinterés y abnegación, devorando taciturnamente el agravio inmerecido, había escalado las altivas cumbres de la fama, y había hecho, con los frutos de su espíritu desdeñoso y superior, brillar una vez más, rutilante y magnífico, el nombre colombiano al través de dos continentes.

Para Conto, la nombradía de intelectual quedó nublada por el polvo surgido de los combates de la acción; para Torres, que no fué hombre de acción, esa nombradía parece cenital, desafiadora del olvido.

Paralelismo doloroso. Contraste tristísimo.

Torres es la demostración elocuente de cómo estas democracias, tocadas de analfabetismo, de audacia arribista y de grosero materialismo, son más necesitadas de fuertes inteligencias, de cabezas dominadoras en que, por así decirlo, se acendren las reservas de cerebración acumuladas por varias generaciones. Tal entre nosotros el caso de Santander, de Florentino González, de Rojas Garrido, de Camacho Roldán, de Santiago Pérez, de Carlos Arturo Torres, de Rafael Uribe Uribe y de Pérez Triana—para no escoger sino de entre aquéllos cuyos sepulcros sombrean los pliegues de la bandera roja.

Fuera de la educación—obra mirífica del hogar familiar—la instrucción de Torres fué completa, integral, armoniosa y coordinada para hacer de él un sociólogo, un pensador trascendental, apto para tender en los espacios el puente de luz que comunique nuestra pristina barbarie caníbal con la alta y sólida cultura. Hubo el sillar fundamental, indispensable e irreemplazable, de los estudios clásicos, que son la gimnasia óptima para el espíritu por traducir a la palabra rebelde los más íntimos y delicados matices del pensamiento y por ordenar las ideas a la manera que un hábil general ordena previamente sus escuadrones antes de lanzarlos a la carga. Quizá estuviese en lo cierto quien afirmaba que el hombre incapaz de pensar en latín nunca sería escritor de raza. Y Torres dominaba la lengua del Lacio, y para él constituía un encanto aromar sus labios con el perfume de los versos de Virgilio, Horacio, Ovidio y Lucrecio.

Además de los clásicos latinos y es-

pañoles y de los italianos renacentistas, fué poeta predilecto para Torres—lo aseguro por largos años de comunión entre maestro y discípulo—entre todos, Leopardi:

«¡Espíritu sublime! El manto denso
del olvido rasgando,
llegaste hasta la inquieta
actual generación; gime en nosotros
su dolor inmenso;
eres nuestro profeta
....
»Y en el oscuro limbo
donde enclavado yaces sollozante,
se destaca tu frente con el nimbo
de Lucrecio y de Dante».

Del atormentado castellano de Recanati vertió con maestría amorosa *Bruto minore*, *A sé stesso* y algunos otros de sus escasos poemas. Similarmente, del reconcentrado y triste Vigny—alma fraterna de Leopardi—tradujo *La maison du berger* y *La bouteille a la mer*. Así, la desolación del que en el castillo de Loches habitaba «la torre de marfil», halló también en Torres intérprete envidiable.

Y fueron, de la propia manera, sus amores del corazón para Víctor Hugo, Lamartine, Edgard Quinet, Shelley, Keats, Heine, Byron, Poe, Tennyson, Dante Gabriel Rosetti, Albert Samain, y muchos otros, de todos los cuales nos dejó versiones plenas de vigor, de fidelidad y de sentimiento. En sus *Estudios ingleses* hay uno consagrado a la casa de Shakespeare, en Straford-on-Avon, que dedicó a don Marcelino Menendez Pelayo, y que es un auténtico arquetipo del *Essay*, estilo de los de Macaulay, Mathew Arnold y John Morley.

Poeta artista que como obra original nos legó *Némesis*, *Eleonora*, *La Abadía de Westminster*, el ya citado *Vencido*—lo era de verdad: tenía la inspiración alta y serena, el sentido de la armonía, del número y de la rima, y el léxico extenso propio de los lectores formidables que tanto indignan a los analfabetos.

Por eso, en sus ratos de expansión, gustaba de repetir:

«Oh, elación de la mente, que así irradias
en los espacios y en la edad! oh, Arte!
Por realizar mis sueños, por amarte,
mi espíritu también nació en Arcadia!»

La intensa instrucción en literatura y humanidades, que predispone al dominio de la imaginación, fué en Torres complementada y templada, a un tiempo mismo, por el estudio de las ciencias positivas y de la jurisprudencia. En el Externado, el plantel inmortal a que alentó llama y carácter Nicolás Pinzón W., y del que Torres fué Vicerrector, éste escuchó las sólidas, medulares lecciones de Juan David Herrera y de Ignacio V. Espinosa, apóstoles de la ciencia científica—valga el término—es decir, emancipada de las supersticiones, asentada sólo en la experimentación, que abre al espíritu los horizontes iluminados que los mitos pretenden velar a la investigación humana. Las disciplinas jurídicas constituyeron el ápice, el vértice común y soberano a aquella euritmica pirámide mental.

El pensamiento de Torres fué influído por pensadores como el ya mentado Quinet, Taine, Guyau, Renan, Comte, Stuar-Mill, Bain y Spencer. De los unos aprehendió los matices, las evanescencias voluptuosas del estilo, el amable dilettantismo curioso que sondea los varios aspectos de las cosas; de los otros la sólida armazón científica. Así, según un exactísimo símil de Laureano García Ortiz ahondando en las montañas cubiertas de la más sonreída vegetación encuéntrase siempre la granítica osamenta de las rocas. Esta conjunción de arte y de ciencia constituye el encanto, el prestigio y el sortilegio de los verdaderos escritores, que saben hacer interesantes y amables los más abstrusos temas. Por eso, entre nosotros, una grave disertación de Camacho Roldán, Santiago Pérez, Tomás Oziel Eastman, Pérez Triana, o Torres sobre Economía Política o sobre Sociología tiene el mismo inefable atractivo que un capítulo de Flammarión o de Figuier sobre astronomía, o de Darwin sobre los pólipos ecuatoriales.

En nuestros medios, donde el libro es caro y de escasa circulación, el periodismo es casi siempre el solo ejercicio para para el publicista, casi siempre la tribuna propicia a la difusión de la ideas. Ya en otras oportunidades he contado la amistad fraternal que a Torres ligó con José Camacho Carrizosa en el tráfago de la prensa. Torres periodista, lo fué de primera línea. Para improvisar con rapidez asombrosa acerca de los más varios temas, servíale a maravilla su vasta cultura. Por otra parte, la magia del estilo hacía que muchos de aquellos artículos lanzados sobre las cuartillas con la febricitante precipitación y urgida de la última hora, resultasen páginas de antología. Así los consagrados a Cánovas del Castillo, Bismarck, Gladstone, Parra, Camargo, Domingo Acosta, Waldeck Rousseau.

Tuvo el don de las cimas para atraer las tormentas y los rayos. La imbecilidad y la ignorancia ambientes no podían perdonarle su ilustración, su estilo triunfal, su desdén infinito por las proteicas modalidades de la vulgaridad. No hubo cieno bastante en el arroyo que no se le arrojase a la frente pura y altiva de pensador desinteresado: la estupidez perversa llegó, como en el caso de Santiago Pérez, a escarnecerle su abnegada pobreza. Mas nunca descendió de la excelsitud en donde su propio valor intrínseco y la consideración de los hombres de bien lo colocaron, para devolver injuria por injuria, contumelia por contumelia, fango por fango. Calló, sonreído y desdeñoso, fuerte en el aplauso de su conciencia, repitiendo con Renán: «La vulgaridad de los hombres hace del aislamiento ético el lote obligado de aquel que sobrepasa a los demás por el ingenio y por el corazón». Evocaba a Zola denostado y escupido por el hampa en una saturnal del odio, y a quienes le preguntaban el por qué de tal mutismo, se contentaba con aducirles el proverbio árabe: «Los perros ladran, y la caravana pasa».

Todo aquel Calvario fué, para ceder el puesto al Tabor. Entonces vinieron los libros: *Idola Fori*, como obra capital. Quisieron los hados que casi simultáneamente apareciesen en los dos extremos opuestos de Austroamérica dos cintilantes y hermosos libros de ideas: *Idola Fori*, inspirado a Torres por el sol ecuatorial; *Ariel*, puesto por Rodó bajo la piedad del Crucero. No es que el colombianismo, ni mucho menos el cariño grato al maestro y al amigo a quien tantas enseñanzas buenas y bellas debo, me ofusquen el criterio; mas me atrevo a proclamar la excelencia de la obra del colombiano sobre la del uruguayo. Más fuerte, más sólida la ideología—absolutamente científica—en Torres; más intenso también en éste el análisis del problema sociológico americano; por otro aspecto, el estilo, si más castigado en Rodó, no alcanza a la máscula gallardía que el de Torres ostenta.

La bestialidad repitió en Torres el caso del esquimal de Silva llevado al Louvre a pasear su salvajismo entre las Venus vencedoras y los Apolos gloriosos. Mas cuando Torres pasó bajo el arco triunfal del sepulcro, ya la bestialidad había huído, y quienes a Torres supimos amar y admirar, hoy podemos evocarlo en los días de sus luchas tremendas como al personaje simbólico de uno de sus poemas:

«Un algo el triste en su demencia espera.
Oh, vedlo siempre en actitud que asombra:
la faz clavada en la infinita esfera,
la frente envuelta en la infinita sombra».

E. RODRÍGUEZ TRIANA

(*Lecturas Dominicales*, Bogotá).



Documentos

Bogotá, 11 de octubre de 1923.

Señor Director de *El Tiempo*.

L. C.

Apreciado doctor Santos:

De Santa Rosa de Viterbo ha surgido la idea de recabar del Gobierno nacional el cumplimiento de la Ley 4ª de 1911, por la cual se ordena la repatriación de los restos del doctor Carlos Arturo Torres.

Este tributo de admiración al precursor de la actual ideología colombiana, no puede limitarse a la simple iniciativa de un Municipio, sino que debe tener un carácter nacional.

Honda significación tendría el homenaje que se rindiera en esta forma al ilustre repúblico. En estos momentos en que la juventud se agita en inquietudes espirituales de renovación total, la personalidad de Torres adquiere relieves de símbolo y de guía, y se yergue en luminosa proyección hacia los nuevos horizontes anhelados por esta juventud entusiasta y armoniosa que sabe comprender la gloria que representa para Colombia el hombre preclaro cuyas cenizas reposan en Caracas.

Le rogamos acoger en su digno diario la idea de que se constituya en esta ciudad el «Comité Carlos Arturo Torres», formado por representantes de cada una de las entidades estudiantiles de la capital, y presidido por Su Majestad Elvira I, para trabajar en el sentido de traer a Bogotá los restos de Torres, por medio de una suscrición de a cincuenta centavos cuota máxima.

En la seguridad de que tendrá usted por esta iniciativa el entusiasmo que merece, nos suscribimos de usted atentos y seguros servidores y amigos,

Horacio Franco, Carlos Uribe Prada, Víctor Sánchez Montenegro.

Los vecinos de Santa Rosa de Viterbo, pequeña población boyacense donde nació Carlos Arturo Torres, han iniciado un plebiscito para pedir al Gobierno la repatriación de los restos del insigne pensador colombiano.

La nación ha sido un poco ingrata, en verdad, con el nombre de Carlos Arturo Torres, uno de los tres o cuatro valores mentales de Colombia, que han rebazado los límites patrios para imponerse a la admiración del continente. Desde 1911 se dictó una ley—la número 4 de dicho año—que ordenó la repatriación de los restos, sin que hasta ahora se haya dado el primer paso para obedecer ese mandato del Congreso, que es, además, un deber del pueblo colombiano.

Carlos Arturo Torres es una estupenda, una eximia figura nacional y sus despojos deben venir a reposar en el suelo de la patria, no precisamente en el tranquilo pueblo donde nació y pasó unos pocos años de su vida, sino en la capital de la República donde deben recibir el homenaje de toda la Nación. En el plebiscito de Santa Rosa debieran tomar parte todos los colombianos.

Honorables Senadores y Representantes al Congreso Nacional.—Bogotá.—Los suscritos ciudadanos colombianos, hijos de esta ciudad, unos, y residentes en ella otros, tenemos el honor de elevaros la presente para deciros: En el año de 1911 falleció en Caracas, en las funciones de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia, el señor doctor don Carlos Arturo Torres, hijo ilustre de esta ciudad, y exponente genuino de la más alta intelectualidad de la patria. El Congreso de 1911, inspirado en los sentimientos de justicia y de gratitud más recomendables, dictó la ley 4ª, por la cual se honra su memoria, «se presenta su vida que estuvo dedicada a las más altas labores intelectuales, como ejemplo de consagración al servicio y a la honra de la patria», y ordena la repatriación de los restos de tan distinguido ciudadano, por cuenta de la Nación. Ha pasado, honorables Senadores y Representantes, un tiempo suficiente para que esa ley tenga su cumplimiento, devolviendo á la madre común colombiana los despojos del hijo ilustre, que ayudó a darle brillo y esplendor, y a hacerla respetable, digna y grande. Y es tiempo también de que el Gobierno proceda a darle cumplimiento a la justísima disposición citada; pero como ella demanda gastos, os pedimos, ahincada y respetuosamente, desde esta ciudad en donde se meció su cuna, como un homenaje a su memoria, en esta fecha consagrada a la fiesta de la raza, que dictéis una ley apropiando la partida necesaria y suficiente para la repatriación de los restos del hijo dilecto de esta ciudad, cuya muerte prematura ha sido considerada como una desgracia nacional, y la fecha de su desaparecimiento como una efemérides infausta para las letras patrias. Esta ciudad aspira a consagrar el sagrado depósito de las cenizas de tan distinguido ciudadano. Esperamos ser atendidos en esta solicitud por la justicia que la anima y la gratitud que la impone.

Santa Rosa de Viterbo, octubre 12 de 1923.

Honorables Senadores y Representantes.

Faustino Peña, Presbítero; Pablo J. Camacho, Antonio M. Vargas, Joaquín Serna, Carlos Julio Gaona R., Emilio Romero S., Abelardo Sepúlveda, Cantalicio Peña, Alcibíades Rincón G., Alfredo Rivera V., Lorenzo Reyes, Marceliano Salamanca, C. Pinzón Durán, Manuel J. Medina M., Luis G. Cárdenas Piñeros, Eugenio Medina, Roberto García Peña, (siguen muchas firmas).

República de Colombia.—Departamento de Boyacá.—Presidencia del Consejo Municipal.—Santa Rosa de Viterbo, 12 de octubre de 1923.—Número 74.—El Consejo Municipal de Santa Rosa de Viterbo, considerando:

Que el señor doctor don Carlos Arturo Torres falleció el 13 de julio de 1911 en la ciudad de Caracas, donde desempeñaba brillantemente el cargo de Ministro Plenipotenciario de la República de Colombia;

Que la inteligencia de este compatriota se manifestó en obras de altísimo valor que fueron exponentes honrosos de la mentalidad colombiana;

Que el doctor Torres es hijo eminente de esta ciudad;

Que la República, y la ciudad natal del pensador deben guardar las cenizas del dilecto hijo, como tributo de cariño imperecedero;

Que iniciar la ciudad cuna del ilustre colombiano este homenaje en el día de la Fiesta de la Raza, es gallarda consagración de una de las glorias latinas,

RESUELVE:

Solicitar respetuosamente del Soberano Congreso Nacional la repatriación de los restos del insigne pensador americano Carlos Arturo Torres, para que reposen en esta ciudad. Comuníquese.

La anterior proposición fué aprobada unánimente por el Concejo en sesión de la fecha.

El Presidente,—*Carlos J. Camacho*.

Hay que advertir que existe ya una ley que ordena la repatriación de los restos del

doctor Carlos Arturo Torres. Toca sólo al Gobierno hacer cumplir esa ley.

El Presidente de la República, en uso de sus facultades legales, y considerando:

Que acaban de llegar a Colombia los restos mortales del doctor Carlos Arturo Torres, fallecido en Caracas, en donde ejercía el cargo de Ministro Plenipotenciario de Colombia, en momentos en que representaba con brillo a la Patria en las fiestas del Centenario de la Independencia de Venezuela;

Que el doctor Torres ocupó puestos eminentes en la política del país y desempeñó el cargo de Ministro de Hacienda en momentos difíciles de la vida nacional;

Que fué además un preclaro publicista y hombre de letras, poeta de alta inspiración filosófica y autor de obras que honran el nombre de Colombia y ha contribuido a mantener su prestigio literario en el exterior;

Que con obras doctrinarias y con sus escritos trabajó con espíritu por facilitar una inteligencia entre los partidos y fué un abogado constante y valioso de la paz, decreta:

El gobierno rinde justo homenaje a la memoria del ilustre colombiano doctor Carlos Arturo Torres en el momento en que sus cenizas llegan al seno de la capital, en donde deben reposar para siempre.

A la llegada a la capital de los restos del doctor Torres, se le tributarán los honores militares correspondientes.

Pedro Nel Ospina.

(*El Tiempo*, Bogotá, 5 de junio de 1924).

Se pide cooperación

Víctor Manuel Solano, maestro de la Escuela JUAN RAFAEL MORA, en esta ciudad, estima la sección *La Edad de Oro*, que hace poco viene publicándose en el REPERTORIO. Cree el señor Solano que en hoja volante y aparte, *La Edad de Oro* podría llegar a manos de los niños de las escuelas, al precio mínimo de 5 ctmos. Uds., señores maestros, dirán si el Sr. Solano está errado o no. Como es cosa de él, diríjanse los que simpatizan con este proyecto al Sr. Solano y préstenle apoyo. Por mi parte, cuidaré de tal modo *La Edad de Oro*, que no defraude las esperanzas del Sr. Solano y de quienes con él quieran cooperar en una obra de progreso, relacionada con el magno problema de la lectura que debe sustentar al ciudadano que viene, y ahora en formación.

g m.

3)
Página lírica

de Juan Ramón Jiménez

(*Véanse los números 10 y 17 del tomo en curso*).

4

(Domingo de primavera)

Un pájaro, en la lírica calma del mediodía,
canta bajo los mármoles del palacio sonoro;
sueña el sol vivos fuegos en la cristalería,
en la fuente abre el agua su cantinela de oro.
Es una fiesta clara con eco cristalino:
en el mármol, el pájaro; las rosas, en la [fuente;
¡garganta fresca y dura; azul, dulce, argentino
temblar, sobre la flor satinada y reciente!
En un ensueño real, voy, colmado de gracia
soñando, sonriendo, por las radiantes losas,
henchida el alma de la pura aristocracia
de la fuente, del pájaro, de la luz, de las [rosas...

(*La soledad sonora*).

7

Yo no sé quién la olvidó.
Me la encontré por la yerba.
Al cogerla, sentí como
si alguna mujer me viera.
Tenía un aroma vago,
que voló al instante; queda
solo el recuerdo del sueño
del placer de aquella esencia.
Tocando con ella, vi
como novias, como estrellas,
un prado lleno de rosas,
un alba de primavera;
una cosa tierna y pura,
—que me inundaba de pena—,
que empezaba sonriendo
y acababa entre querellas...
Melancólico o alegre,
sonrío o sollozo en ella,
y siento en mi alma como
si alguna mujer me oyera.

9

Le he puesto una rosa fresca
a la flauta melancólica;
cuando cante, cantará
con música y con aroma.
Tendrá una voz de mujer,
vacilante, arrulladora,
plata con llanto y sonrisa,
miel de mirada y de boca.
—Y será cual si unos finos
dedos jugasen con sombra
por los leves agujeros
de la caña melodiosa.—
¡Tonada que no sé yo,
oída una tarde en la fronda;
tonada que fuí a coger
y que huía entre las hojas!
Para ver si no se iba,
la engañé con una rosa:
cuando llore, llorará
con música y con aroma.

(*La flauta y el arroyo*).

DESNUDOS

(Adioses- Ausencia, Regreso)

Nacía, gris, la luna, y Beethoven lloraba,
bajo la mano blanca, en el piano de ella...
En la estancia sin luz, ella, mientras tocaba,
morena de la luna, era tres veces bella.
Teníamos los dos desangradas las flores
del corazón, y acaso llorábamos sin vernos...
Cada nota encendía una herida de amores...
—...El dulce piano intentaba comprender- [nos.—
Por el balcón abierto a brumas estrella- [das,
venía un viento triste de mundos invisibles...
Ella me preguntaba de cosas ignoradas
y yo le respondía de cosas imposibles...

CASTILLO

(Crepúsculo absurdo)

La lluvia deja solitarios los jardines,
y las hojas adornan de amarillo los bancos.
De vez en cuando, el aire tiene olor de [jazmines
podridos. Mudo, un mirlo mira los cielos [blancos.
En la nostalgia inmensa, crepuscular y [agreste,
torna el fantasma antiguo a sentarse a mi [lado:
esta mujer vestida de un tornasol celeste,
con los brazos desnudos y el pecho desco- [tado...
Frío... Sus ojos grandes y anegados, [imploran
de mi piedad... Revive no sé qué vago dejo
de una voz... Las arañas de un baile anti- [guo, doran
las silenciosas plumas de un abanico viejo...

POEMAS MAGICOS Y DOLIENTES

PRIMAVERA AMARILLA

Abril venía, lleno
todo de flores amarillas:
amarillo el arroyo,
amarillo el vallado, la colina,
el cementerio de los niños,
el huerto aquel donde el amor vivía.
El sol ungía de amarillo el mundo,
con sus luces caídas;
¡ay, por los lirios áureos,
el agua de oro, tibia;
las amarillas mariposas
sobre las rosas amarillas!
Guirnaldas amarillas escalaban
los arboles; el día
era una gracia perfumada de oro,
en un dorado despertar de vida.

4

(...Rit de la fraicheur de l'eau.
V. Hugo)

Con lilas llenas de agua,
le golpeé las espaldas.
Y toda su carne blanca
se enjoyó de gotas claras.
¡Ay, fuga mojada y cándida,
sobre la arena perlada!
—La carne moría, pálida,
entre los rosales granas;
como manzana de plata,
amanecida de escarcha—.
Corría, huyendo del agua,
entre los rosales granas.
Y se reía, fantástica.
La risa se le mojaba...
Con lilas llenas de agua,
corriendo, la golpeaba...

6

(Mar del sur)

En el sopor azul e hirviente de la siesta,
el jardín arde al sol. Huele a rosas que-
[madas.
La mar mece, entre inmóviles guirnaldas de
[floresta,
una diamantería de olas soleadas.
Cúpulas amarillas encienden a lo lejos,
en la ciudad atlántica, veladas fantasías;
saltan, ríen, titilan momentáneos reflejos
de azulejos, de bronces y de cristalerías.
El agua abre sus frescos abanicos de plata,
hasta el reposo verde de las calladas hojas,
y en el silencio solitario, una fragata,
blanca y henchida, surge, entre las rocas
[rojas...

11

(Dos)

Solía ser en el estío. El viejo coche
se llevaba a los otros... Y la tarde tranquila
se iba alejando por los prados de la noche,
a un murmullo de pinos y a una queja de
[esquila.
El coche aparecía, ladrado de lebreles,
a la vuelta fragante del camino de arena.
Los ¡adiós! se perdían entre los cascabeles...
Nos quedábamos solos en la hora serena.
Silencio, tú surgías de nosotros. Las
[manos,
más blancas que la luna, entibiaban su
[anhelo,
y, bajo los pinares, nuestros ojos cercanos
se ponían más grandes que la mar y que
[el cielo.

CANCIONCILLAS

2

Lo que Vos queráis, Señor;
sea lo qué Vos queráis.
Si queréis que, entre las rosas,
ría hacia los matinales
resplandores de la vida,
sea lo que Vos queráis.
Si queréis que, entre los cardos,
sangre hacia las insondables
sombras de la noche eterna,
sea lo que Vos queráis.
Gracias si queréis que mire,
gracias si queréis cegarme;
gracias por todo y por nada;
sea lo que Vos queráis.
Lo que Vos queráis, Señor;
sea lo que Vos queráis.

SOLEDAD

Hallarme en las manos
jazmines con sol;
saber que amanece
en mi corazón;
oír en el alba
una sola voz...
¡Eso quiero yo!
Regresar sin odios,
cerrar sin pasión;
hallarme en los sueños
celindas con sol;
dormir escuchando
una sola voz...
¡Eso quiero yo!

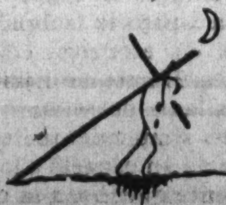
6

Rosa,—¿mujer?—,hombre)

Una gota triste
me he encontrado en ti.
¿Lágrima de quién,
rosa blanca, di?
—Pensaba oculta
=¿quién te encontró a ti?=
Por decirte algo,
mi mano tocó tu
tallo carmesí.—
¿Adónde fué la
gota que vi en ti?
...¿Lágrima de quién,
rosa blanca, di?

DESNUDOS

Por el mar vendrán
las flores del alba
—olas, olas llenas
de azucenas blancas—.
el gallo alzará
su clarín de plata.
—...¡Hoy!, te diré yo,
tocándote el alma.—
¡Oh, bajo los pinos,
tu desnudez malva,
tus pies en la tierna
yerba con escarcha,
tus cabellos, verdes
de estrellas mojadas!
—...Y tú me dirás,
huyendo: ¡Mañana!—
Levantará el gallo
su clarín de llama,
y la aurora plena,
cantando entre granas,
prenderá sus fuegos
en las ramas blandas...
—...¡Hoy!, te diré yo,
tocándote el alma.—
¡Oh, en el sol nacido,
tus doradas lágrimas,
los ojos inmensos
de tu cara maga,
evitando, ardientes,
mis negras miradas!
—...Y tú me dirás,
huyendo: ¡Mañana!—



ANA

La rosada.
¿Es invierno o primavera?
¡Qué enjoyada,
en la bruma, la pradera!
Oriental,
como en sueños, se desgrana
el cristal
de la alondra..., lejos...
—Ana!
¿Me he perdido,
o es tu amor una ilusión?
—¡Qué latido
duro, el de mi corazón!—
Bruma, seda,
cuento blanco, lleva el río
su onda queda,
entre orillas de rocío.
Los colores
no se atreven. Tiembla, llora
por las flores
de cristal, casta, la hora.
Vengo... Voy...
Todo el campo está cerrado.
—¡Que ya es hoy!
...Mas mi amor no ha despertado.
Cielo crudo.
Pasa un aire—¡Abre, mujer!—
lento, agudo,
y se oye amanecer.

(...Car voici le soleil d'or.
P. Verlaine)

Tejados rosados.
¡La aurora! Los gallos
erguidos, metálicos,
asustan los pálidos
luceros.
¡Oh árbol
florido de pájaros!
La dulce campana,
entre humo y luz, canta,
Se llenan las aguas
de oro, de grana,
de cielo azul.
Llama
—sol, heno,—la vaca.
El alma se invade
de amor. En el aire
limpito, se saben
noticias del valle
y el mar...
El sol, ¡Abre!,
dice en los cristales.

(Del tomo *Segunda Antología Poética* (1898-1918). Madrid).

El tropismo de la guerra

HACE muchos años tuve el placer de visitar a Jacques Loeb, el fisiólogo, cuyo laboratorio estaba entonces en California. Tenía en el cuarto un frasco de cristal lleno de erizos de mar jóvenes, si mal no recuerdo, pero que, en todo caso, eran seres negros, delgados y pequeñitos que flotaban dentro del agua. Cuando el grande hombre de ciencia vació dentro del cristal una o dos gotas de cierta sustancia química, todos aquellos seres instantáneamente se precipitaron a la parte del frasco más cercana a la luz.

«Son seres humanos», dijo sonriendo. «No hay duda de que ellos sienten cierta intensa emoción, una convicción de tal suerte que los impele a precipitarse a la luz; están seguros de que están decidiendo el destino del mundo. Pero en realidad lo que constituye sus cuerpos es cuestión de algunas sustancias químicas. Es lo que llamamos un *tropismo* — ese movimiento hacia la luz».

Ha pasado el tiempo y veo los erizos de mar en el gran frasco de cristal que llamamos el mundo, cogido por muchos extraños y terribles *tropismos*. Los ví precipitándose al crimen los unos a los otros, literalmente por millones; los veo esclavizándose y degradándose y atormentándose unos a los otros, de modo que deseo con ansia un gran fisiólogo que explique la química de los políticos del mundo y aclare qué ha sido arrojado al aire que respiran los humanos o al agua que beben.

Todos especulan acerca de este asunto, en la actualidad, a causa de que un grupo de hombres prominentes ha ofrecido un premio de $ 100,000 para la mejor conjetura del tropismo de la guerra y cómo corregirlo. Es una tarea ingrata la de criticar el resultado, por ser tan grande el premio y tan respetables los jueces; no obstante consignaré mi convicción de que el plan de Bok no acabará con la guerra, porque han hecho entrar la clase de hombres de ciencia que no es. El plan es un plan político, para ser administrado por políticos; mientras que los *tropismos* de la guerra moderna son económicos.

Ese es el gran obstáculo con la mayoría de los esfuerzos que hasta aquí hemos hecho para resolver los problemas humanos y remediar las molestias del hombre sobre la tierra. Observamos las guerras y vemos que las hacen los gobiernos; y de esta manera deducimos que algo debemos hacer a los gobiernos para que se guarden de declarar y llevar a cabo las guerras.

Aún no hemos alcanzado la sagacidad bastante para ir detrás de las escenas de los gobiernos y descubrir que son el producto de fuerzas sociales, que son creados por clases económicas para hacer la voluntad de estas clases.

Para explicar el asunto en las palabras más sencillas posibles, la guerra moderna la ocasiona la rivalidad por los mercados extranjeros y materias primas, de varios grupos de hombres de negocios; los gobiernos modernos son organizaciones para realizar las resoluciones de estos grupos; y las *naciones* modernas son uniones de trabajadores a quienes estos grupos han llegado a dominar y a usar en sus luchas contra otros grupos.

La anciana Señora Partington que tomó su escoba y se adelantó a barrer las olas del mar del quicio de su puerta, no era menos futil y absurda que el hombre que imagina que él puede corregir el *tropismo* de la guerra, mientras deja estos recelos y codicias económicas en el control del mundo, y especialmente del poder de fabricar armas y venderlas para aprovecharse, y de comprar elecciones y funcionarios públicos, y por medio de propaganda y sujeción de las fuentes de información arrojan los pueblos a la guerra.

Algunos trataron de contener la pasada guerra y fracasaron. Otros, como el escritor, la soportaron y trataron de sacar de ella algo bueno y fracasaron. Ahora estas gentes vuelven sus pensamientos hacia la próxima guerra que está tan en camino y hacia cómo prevenirla.

El asunto más importante es la educación; explicar el problema a las grandes masas del pueblo que todavía nunca han sido dirigidas en el sentido de que posean un relato efectivo, que sin embargo deben tener, si realmente va a desaparecer toda guerra.

El único paso de mayor importancia en este proceso de la educación es corregir en el pensamiento público ese super-énfasis sobre las cosas políticas y esa desestimación de los asuntos económicos, que es la falta que condena a la impotencia y a la futilidad el plan de Bok.

.Tomad los libros de texto que desparraman la historia sobre nuestra juventud en las escuelas, colegios y universidades. He estado haciendo un estudio detallado del asunto y sé lo que digo. No simplemente dedican la mayor parte de su espacio a la guerra, no simplemente glorifican la guerra y los que la hacen, sino que la tratan como un asunto político; retratan los acontecimientos políticos que llevaron a ella y los tratados políticos que la terminaron, y casi nunca mencionan las fuerzas económicas y los intereses arrollados.

Unicamente hay una excepción, y es cuando lo que se presenta son los intereses económicos del enemigo, su egoísgo y codicia, la depravación de sus especuladores y financistas. Todos comprendemos por qué las clases dirigentes de Inglaterra quisieron gravar el comercio de las colonias americanas. ¿Pero a qué niño de escuela se le dice qué intereses se enriquecieron con la guerra de México, y cómo, y por qué los dueños de esclavos quisieron la guerra?

Abraham Lincoln, quien estaba a la sazón en el Congreso, lo supo y lo dijo al país; ¿pero, cuántos libros de texto citan esto como una parte de su gloria?

¿Quién sabe qué intereses se enriquecieron con la Guerra Civil y con la Guerra Mundial?

Preferiríamos que estos relatos de la verdad económica comenzaran por otras naciones. Y con agrado comunico que han comenzado. Bueno será para los niños de Francia tener la oportunidad de comprender los intereses verdaderos del pueblo francés, en oposición a los intereses del *Comité des Forges* (nombre del trust del acero en Francia) que al presente controla su gobierno y está entrenando millones de salvajess africanos para mantener en subyugación militar a los pueblos de la Europa Central.

He aquí un libro de lo más significativo e importante. Se llama *La Historia del Pueblo Francés* y se nos ofrece como el primero de una serie: *Historia de los Pueblos*.

La edición francesa lleva prólogo de Henry Barbusse, francés que ha servido a su país de tres maneras de importancia cumulativa: primero, la defendió en las trincheras; segundo, trató de salvarla de la próxima guerra escribiendo la mas grande de todas las protestas de guerra en forma de novela: *Bajo el Fuego;* tercero, trata de salvar su alma educando a la juventud en sus altas tradiciones de idealismo y libertad, por medio de una sociedad de propaganda llamada *Clarté*.

En la introducción a este nuevo estilo de libro de historia cuenta Barbusse lo que él y los dos autores han tenido en mente: tratar el pueblo y sus negocios y no «las batallas, las aventuras reales, y la glorificación e idealización de lo grande».

Nos dice que «La verdad no reside en los adornos teatrales. Reside en el drama, mucho más profundo y signi-

(Pasa a la página 288).

¿México bárbaro?

[Damos a nuestros lectores un capítulo inédito de la novela *Lo Imprevisto*, que en breve publicará Xavier Icaza, de México. Los capítulos anteriores, resumidos, dirían:

Susana recibe una carta de su esposo (comisionista francés, soldado en la Guerra Mundial). La carta la retrae bruscamente a la realidad: dificultades económicas, su sed de lujo la habían convertido en amante del rico banquero Rentzal.

Susana se preocupa: la carta anuncia el próximo término de la guerra, el consiguiente regreso de su esposo; sin embargo, su carácter frívolo la hace olvidar sus preocupaciones. Grave enfermedad de su hijita la lleva con su amante a pasar una temporada a ANSALDO, rancho inmediato a la ciudad de México. En él, hace vida tranquila: pasea por el campo, hace caridades, acompañada de Hesiquio, el administrador, antiguo estudiante fracasado, lleno de despecho, pero hábil e hipócrita cortesano.

En el campo, se relaciona con una honrada familia de rancheros: doña Lupe, Lupita, Challo, todas buenas, afables, comprensivas, que saben disculpar a Susana, tratarla con cariño.

Durante su permanencia en ANSALDO, les llega como huésped Fernando, sobrino y ahijado de Réntzal: es un estudiante puritano, tímido, torpe, ingenuo. Susana se propone «sacarlo de sus casillas», avivarlo, flirtear con él. Con el pretexto de hacerlo conocer el país, lo lleva al jaripeo, muy apropiado para desarrollar sus planes].

I.—El jaripeo

FERNANDO accedió gustoso a concurrir al jaripeo: las fiestas charras eran de lo que le interesaba del México pintoresco; los charros, los toros, la revolución resumían su concepto de México; de la revolución su aspecto agrario, el que desde el extranjero aparecía más importante. Su actitud al regresar era la del inglés que llega a una colonia: después de dar por admitido que se trata de un país inferior, se estudia, por curiosidad, *el carácter* del pueblo, sus costumbres: lo pintoresco les atrae.

Se celebraba la fiesta del patrono del pueblo. En las afueras, se había improvisado un corralón; las rancheras más guapas fungirían de madrinas, en un tablado, cubierto con lona; en otro, unos trovadores «amenizarán el acto, con escogidos números de su repertorio».

Acababa un romance, de los que el pueblo llama *corridos o tragedias*, cuando llegaron Susana y Fernando con Hesiquio:

....

La de Macario Romero

Lupita, una de las reinas, luego que los divisó, los hizo invitar al palco: subieron; Fernando estaba en ascuas; Susana se divertía en mortificarlo: lo obligó a saludar a todos; lo presentó como a un pariente de su esposo. Fernando asentía siempre; Hesiquio sonreía burlesco. Doña Lupe sentó a Susana junto a ella; Susana le hizo sitio a Fernando; Lupita supo componérselas de modo que Hesiquio quedara a su lado; Challo avizoraba con ansia entre el grupo de charros que aguardaba su turno para el concurso; entre ellos, debería encontrarse su ranchero.

Las señoras se comían con los ojos a Susana, de la que mucho se murmuraba ya; las muchachas, a Fernando; unas le hallaban guapo, otras, desabrido. Los comentarios provocados por la llegada de la pareja se mezclaron a los de la tragedia: las mujeres se mofaban de Macario, le defendían los hombres; los viejos comparaban el *corrido* con otros. Preludiaron de nuevo las jaranas y las arpas. El pueblo protestó: *Ya es mucha canción*, gritó alguien; los trovadores no insistieron. El grupo de charros se animó; Clara suspiró satisfecha: había aparecido su Manuel en el mejor de sus *enteros*, el retinto quemado. Todas las miradas se fijaron en ella, y después en Manuel y en su caballo, en su traje de cuero, en su chaquetín recamado de plata, en su botonadura reluciente. Fernando pedía explicaciones a Susana; Susana se apresuraba a satisfacer su curiosidad; le tomaba la mano, como al descuido; él, al advertirlo, procuraba apartarla; ella la retenía, le guiñaba los ojos para subrayar sus frases.

El ranchero de Clara apareció garboso en su retinto. Caracoleó el entero; jugó la *reata* con elegante y firme habilidad. El aplauso estalló cálido, espontáneo; se oyó la diana, se repitió: la ovación era interminable. El charro, seguro en su caballo, saludaba a todos y miraba orgulloso a su ranchera. Clara se arrancó una amapola, se la arrojó, después de besarla.

Manuel, con maestría, hizo arrancar violento a su retinto y en el aire cogió la flor y la prendió feliz en el ojal de su chaqueta. La ovación fué delirante; un chusco pidió la oreja; la música repitió la diana; el ranchero se retiró del redondel cejando airosamente su bestia, con el sombrero ancho en una mano, con la amapola como mancha de sangre en la solapa de la chaquetilla. Susana no perdió un detalle de lo que hacía Manuel; le enamoraba su hombría, su elegancia varonil y severa. Fernando estaba desconcertado: no entendía el mérito de Manuel, ni, por lo mismo, el entusiasmo de la concurrencia y menos todavía el de Susana. La alegría era general: el sol quemaba las cabezas y hacía hervir la sangre; los caballos piafaban; las muchachas hacían guiños a los hombres; Susana oprimía más y más la mano de Fernando, sus piecesitos buscaban inconscientemente los de él. Sólo Fernando no participaba de la embriaguez general, se sentía aislado, hasta algo incómodo; bruscamente arrancó su mano de la de Susana y su rostro tomó una expresión de engaño. Susana sonrió y en su interior nació un sentimiento de desprecio hacia Fernando: no parecía hombre; otro la hubiera galanteado; era el colmo que ella tuviera que insinuarse.

Apareció un ranchero en un caballo bruto: el caballo reparaba, saltaba, se paraba de manos, giraba bruscamente, el hábil charro no se desprendía: la bestia y el ginete parecían formar un solo ser; se diría que un centauro de dos cabezas retozaba en la arena. Las palmas estallaron de nuevo. Apenas se apagaron, un toro apareció en el redondel como una exhalación. Arremetió contra las tablas y después, con la cabeza enhiesta, se paró al centro, provocativo, buscando pelea. Varios rancheros respondieron al desafío del toro. El toro persiguió a uno, los otros le azuzaban con chiflidos, a gritos, con la *reata*. Intentaron lazarlo; el toro se defendió; uno de los charros, que se había animado con tequila y cognac, juntó su cuaco a las ancas del toro y lo coleó. Fué una lucha magnífica entre la habilidad y la fuerza, la cólera y el ansia de triunfar; dominó el hombre entre la ovación delirante de los rancheros y gritos de terror en las mujeres: el toro rodó por tierra y el ginete sobre él. Los otros charros acudieron a ayudarle; lazaron a la bestia, el triunfador se levantó cubierto de polvo, de sangre y de sudor. Las jaranas sonaron y saltó la copla oportuna, brillante:

Bien haya Ponciano el fuerte
que los toros bien colea
y viva la niña Meche
qui a Ponciano *li* ha podido.

Susana se hallaba absorta en ese espectáculo fuerte y pintoresco; quiso conocer al ranchero: Hesiquio se lo presentó. Fernando estaba escandalizado: iba a saludar a «un indio bárbaro». Doña Lupe notó el estupor de Stulz aunque sin explicarse la causa,

y procuró calmarlo: fué inútil; Fernando estaba fuera de su centro; ansiaba escapar; irse a jugar su golf, pero era imposible: la aglomeración se lo impedía.

2.—Joglarías

AL anochecer, se dirigieron a ANSALDO. Fernando iba silencioso, verdaderamente contrariado: no había entendido el jaripeo; le había molestado el ambiente, algo brutal para sus gustos, con no poco de canallesco, con demasiado color local. Por fin, iba a volver a ANSALDO: ya se desquitaría del bochorno pasado; sería la última tarde que quebrantaría sus costumbres.

Un grupo apretado de gente, frente a una venta, atrajo la atención de Susana; su curiosidad la llevó al concurso, a pesar de los esfuerzos de Fernando: para realizar su capricho, buscó y obtuvo el apoyo decidido de Hesiquio.

De la venta escapaba el ruido que producen los vasos al chocar; se percibían gritos, frases entrecortadas, juramentos. Un hombre menudito, acompañado de una vieja macabra, se ofrecía a cantar.

De los hombros enjutos del joglar colgaba una arpa de mano, pequeña y curva: a un conocedor le hubiera recordado las que es fama escuchaba Villon en las barriadas de París; a un castizo, las del tiempo de Periquillo y y el Arcipreste.

—*Cotícense, señores*—grita la vieja —para que les *cántemos* una canción.

Nadie contribuye. Al fin, un entusiasta tira cinco centavos; faltaban quince: Susana los completa; Hesiquio aprueba, los demás aplauden; Fernando, desesperado, intenta marcharse; Susana le detiene. Unos piden *Macario*, otros *La muerte de Zapata*, los más, exigen *Valentín, Valentín Mancera*.

—*La que queran, los siñores*—dice la vieja, dirigiendo su mirada interrogativa a Susana.

Susana se somete a la mayoría: estaba encantada; se apoya en Fernando, Fernando se sacude; Hesiquio sonríe.

Es una *tragedia* que canta la vida de aventuras del héroe y que llora su muerte, «su muerte desgraciada», según la co la. Es Valentín un hombre delgaducho, de manos finas; Valentín odia a los *gachupines*, jura empedrar las calles de Zamora con sus cabezas. Se relata toda la vida de Valentín: una mujer casada, a la que adora, le vende traicionera:

¡Ay, qué dolor!
¡Qué Sanjuana tan ingrata,
y cómo tuvo valor
de cambiar oro por plata!

Valentín intenta escapar: huye por el río; los rurales lo alcanzan. Lo condenan a muerte; la madre de Valentín interpone amparo; no lo obtiene; pide que lo confiesen; la confesión se le niega; el Jefe de la *acordada* es vengativo, sanguinario.

Susana se interesaba más y más por la tragedia: no perdía una palabra. Fernando empezaba a interesarse; la voz chillona y firme del trovador, la destemplada de la vieja, sabían subrayar los períodos trágicos del *corrido*. Una mujer cercana a Hesiquio ardía en cólera; sus senos palpitaban agitados bajo los encajes de la blusa que albea.

Sacan a fusilar al preso: «lo pasaron por el jardín». Los ricachos españoles celebran la muerte; el Ayuntamiento de la aldea cercana guarda luto; la madre reclama el cuerpo; pide que recen por él.

En San Juan de Dios nació,
en otro San Juan murió,
y Sanjuana se llamaba
la mujer que lo vendió.

Termina el romance. Todos guardan silencio: un hálito de tragedia flota en el ambiente.

Algunos se retiran sin hablar, pero otros piden más. Alguien reclama:

—El Corrido de los *gringos*, doy veinte por él, doy veinte!

Lo callan muchas bocas: han creído yanqui a Fernando. Esta prueba de cortesía impresiona a Fernando. Hesiquio aclara que no es *gringo*, que es alemán; la gente aplaude; se oyen vivas al Kaiser. Susana juzga prudente partir. Fernando acepta con placer. Hesiquio, que había adivinado el juego de Susana, los sigue a corta distancia: cree que un enredo puede prosperar si Susana se empeña; juzga, sin embargo, que equivoca ella los medios. Susana se detiene y le dice al oído que «con éste, van tres días que lo dejamos sin su golf». A lo lejos, estalla el popular *corrido*, entre aplausos estruendosos y vivas:

Gringos patones malvados,
abortos del mismo infierno,
mulas güeros desgraciados,
....

XAVIER ICAZA

Jalapa, Veracruz

Noticia de libros

San José, abril de 1924.

Sr. don Carlos Luis Sáenz

Heredia

Mi querido Carlos:

Recomiéndote especialmente la novelita que recibirás hoy certificada; durante su lectura estuve recordándote, por las conversaciones que hemos tenido acerca de novelas americanas; en *El solar de los Gonzagas* encontrarás mucha originalidad; no conozco un ensayo naturalista superior. Hay además cierta elevación, cierta dignidad psicológica en el artista al dejarse impresionar y al escribir los poemas. Porque la novela es eso, una serie ininterrumpida de poemas en prosa, pequeñitos, tan selectos y nítidos que podrían figurar, sacándolos del conjunto, en un florilegio o en una antología de «miniaturas preciosas». Su autor dice que no es una novela, en el sentido de que carece de la técnica de las novelas; pero la técnica de *El solar de los Gonzagas* existe con una manifestación originalísima, quizá difícil de realizar, que Wild Ospina realiza felizmente: el conjunto de poemas en prosa, de un realismo vivísimo, referentes a costumbres urbanas, a temperamentos, a paisajes, está engarzado finamente, como un collar de perlas, en una hebra ininterrumpida: Alejandro Gonzaga, el último vástago de una familia nobiliaria, de una naturaleza exquisita, venido de Europa a sepultarse en un rincón alegre de América, y obligado a vivir en un ambiente pesado de *democracia*, en donde el chisme es necesario, el dinero es preocupación de interés insustituible ni por la amistad o la gratitud, en donde la vida es tan llana y tan *alegre*. Alejandro sufre allí una tragedia interior tremenda; el autor le sigue todos sus pasos en esa época, desde su regreso hasta su adaptación al medio.

La tragedia, pues, no se produce por la influencia de los dioses como en las tragedias clásicas; no es tampoco a la manera de los dramas fantásticos de ideología trascendental de Maeterlinck, pues *El solar de los Gonzagas* está dentro de nuestras ciudades, es la vida que vivimos; algo como los dramas interiores de Ibsen; sólo que la muerte, como en *El niño que enloqueció de amor* y en *El pobre ciego*, no es física sino de orden psicológico, pero debida, no a un temperamento morboso, y anormal que contrastara con los demás, sino al cambio de nuestro organismo social. Wild Ospina describe magistralmente la vulgaridad en que se cimentan nuestras democracias.

(Pasa a la página 288).



LA EDAD DE ORO

18.—El pescadorcito Urashima.

Vivía muchísimo tiempo hace, en la costa del mar del Japón, un pescadorcito llamado Urashima, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.

Cierto día salió a pescar en su barca; pero en vez de coger un pez, ¿qué piensas que cogió? Pues bien, cogió una grande tortuga con una concha muy recia y una cara vieja, arrugada y fea, y un rabillo muy raro. Bueno será que sepas una cosa, que sin duda no sabes, y es que las tortugas viven mil años: al menos las japonesas los viven.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí:

—Un pez me sabrá tan bien para la comida y quizás mejor que la tortuga. ¿Para qué he de matar a este pobrecito animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? No, no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago.

Y en efecto, echó la tortuga de nuevo en la mar.

Poco después aconteció que Urashima se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano, cuando casi nadie se resiste al medio día a echar una siesta.

Apenas se durmió, salió del seno de las olas una hermosa dama que entró en la barca y dijo:

—Yo soy la hija del dios del mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, allende los mares. No fué tortuga la que pescaste poco ha y tan generosamente pusiste de nuevo en el agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el dios del mar, para ver si tú eras bueno o malo. Ahora, como ya sabemos que eres bueno, un excelente muchacho, que repugna toda crueldad, he venido para llevarte conmigo. Si quieres, nos casaremos y viviremos felizmente juntos, más de mil años, en el Palacio del Dragón, allende los mares azules.

Tomó entonces Urashima un remo y la Princesa marina otro; y remaron, remaron, hasta arribar por último al Palacio del Dragón, donde el dios de la mar vivía e imperaba, como rey, sobre todos los dragones, tortugas y peces. ¡Oh, qué sitio tan ameno era aquel! Los muros del Palacio eran de coral; los árboles tenían esmeraldas por hojas, y rubíes por fruta; las escamas de los peces eran plata, y las colas de los dragones, oro. Piensa en todo lo más bonito, primoroso y luciente que viste en tu vida, pónlo junto, y tal vez concebirás entonces lo que el palacio parecía. Y todo ello pertenecía a Urashima. Y ¿cómo no, si era el yerno del dios de la mar y el marido de la adorable Princesa?

Allí vivieron dichosos más de tres años, paseando todos los días por entre aquellos árboles con hojas de esmeraldas y frutas de rubíes.

Pero una mañana dijo Urashima a su mujer:

—Muy contento y satisfecho estoy aquí. Necesito, no obstante, volver a mi casa y ver a mi padre, a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y pronto volveré.

—No gusto de que te vayas, contestó ella. Mucho temo que te suceda algo terrible: pero vete, pues así lo deseas y no se puede evitar. Toma, con todo, esta caja, y cuida mucho de no abrirla. Si la abres, no lograrás nunca volver a verme.

Prometió Urashima tener mucho cuidado con la caja y no abrirla por nada del mundo. Luego entró en su barca, navegó mucho, y al fin desembarcó en la costa de su país natal.

Pero ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza de su padre? ¿Qué había sido de la aldea en que solía vivir? Las montañas, por cierto, estaban allí como antes: pero los árboles habían sido cortados. El arroyuelo, que corría junto a la choza de su padre, seguía corriendo; pero ya no iban allí mujeres a lavar la ropa como antes. Portentoso era que todo hubiese cambiado de tal suerte en sólo tres años.

Acertó entonces a pasar un hombre por allí cerca y Urashima le preguntó:

—¿Puedes decirme, te ruego, dónde está la choza de Urashima, que se hallaba aquí antes?

El hombre contestó:

—¿Urashima? ¿cómo preguntas por él, si hace cuatrocientos años que desapareció pescando? Su padre, su madre, sus hermanos, los nietos de sus hermanos, ha siglos que murieron. Esa es una historia muy antigua. Loco debes de estar cuando buscas aún la tal choza. Hace centenares de años que era escombros.

De súbito acudió a la mente de Urashima la idea de que el Palacio del Dragón, allende los mares, con sus muros de coral y su fruta de rubíes, y sus dragones con colas de oro, había de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año en este mundo, y que sus tres años, en compañía de la Princesa, habían sido cuatrocientos. De nada le valía, pues, permanecer ya en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto, y donde hasta su propia aldea había desaparecido.

Con gran precipitación y atolondramiento pensó entonces Urashima en volverse con su mujer, allende los mares. Pero ¿cuál era el rumbo que debía seguir? ¿quién se le marcaría?

—Tal vez, caviló él, si abro la caja que ella me dió, descubra el secreto y el camino que busco.

Así desobedeció las órdenes que le había dado la Princesa, o bien no las recordó en aquel momento, por lo trastornado que estaba.

Como quiera que fuese, Urashima abrió la caja. Y ¿qué piensas que salió de allí? Salió una nube blanca que se fué flotando sobre la mar. Gritaba él en balde a la nube que se parase. Entonces recordó con tristeza lo que su mujer le había dicho de que, después de haber abierto la caja, no habría ya medio de que volviese él al palacio del dios de la mar.

Pronto ya no pudo Urashima ni gritar, ni correr, hacia la playa, en pos de la nube.

De repente, sus cabellos se pusieron blancos como la nieve, su rostro se cubrió de arrugas, y sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrépito. Después le faltó el aliento. Y al fin cayó muerto en la playa.

¡Pobre Urashima! Murió por atolondrado y desobediente. Si hubiera hecho lo que le mandó la Princesa, hubiese vivido aun más de mil años.

Dime ¿no te agradaría ir a ver el Palacio del Dragón, allende los mares, donde el dios vive y reina como so-

berano sobre dragones, tortugas y peces, donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubíes por fruta, y donde las escamas son plata y las colas oro?

JUAN VALERA.

(Cuentos).

19.—Cántico de las criaturas

De Francisco de Asís

Lodato sia, Dio mio Signore, con tutte le tue creature!

¡Gloria, Señor, a ti y a todas tus criaturas!
Y gloria a nuestro Padre el Sol que nos da el día
y es en el Universo nuestra antorcha fecunda,
el Sol que alumbra el campo, los bosques y los ríos,

cuya cándida lumbre, radïante, benigna,
es un reflejo apenas de tu esplendor, ¡oh, Altísimo!

Gloria, Señor, a ti por nuestra hermana luna,
y todas las estrellas que brillan en el cielo:
tan suaves, tan remotas, tan tímidas, tan puras!

Gloria, Señor, a ti por nuestro hermano el viento,
y la lluvia y las nubes, y el bueno y el mal tiempo!

Gloria, Señor, a ti por nuestra hermana agua,
que es útil y preciosa, y es humilde y es casta!

Gloria, Señor, a ti por nuestro hermano el fuego:
por él la noche es clara, y es potente y risueño!

Gloria, Señor, a ti por mis hermanas aves
que tienen lindas plumas y trinos inefables!

Gloria, Señor, a ti por los mansos corderos,
la alegre golondrina, la parlera cigarra,
y por nuestros hermanos el buey, el asno, el lobo,
y por mi hermana alondra, tan apacible y parca,
que va por los caminos en busca de una espiga,
y, cuando se remonta la alondra, nuestra hermana,
es tan dulce su canto que los trabajadores
su labor interrumpen y los ojos levantan!

¡Gloria, Señor, a ti y a todas tus criaturas!

(Trad. de CORNELIO HISPANO: *Elegías Caucanas).*

20.—San Francisco y los pájaros

El sublime apasionado de la Cruz y dulce amante de las obras de Dios, Francisco de Asís, iba cierto día de viaje, jinete en su proverbial y mortificado «caballito».

Parece que se detuvo cabe una fuente por contemplar enamorado a *Sor Agua* que, contentísima, se puso a murmurar o cantar a media voz frasecillas cristalinas y sonoras mientras él la galanteaba llamándola utilísima, humilde, preciosa, con otros muy graciosos requiebros. Ella sonreía y se iba corriendo, carriendo, agradecida y vergonzosa.

Vieron los pajarillos de aquellos contornos al Santo en coloquios con el Agua y quisieron también disfrutar de su verbo caluroso y divino. Como lluvia prodigiosa, cayeron sobre los árboles.

Por allí bullía la Alondra, que canta volando y se remonta hasta las nubes; muy cerca estaba el Gorrión, casero, atrevido y retozón; en otra rama se mostraba el Tordo, músico de las florestas, a las que alegra con sus silbos cadenciosos; allá, la Abubilla regiamente adornada y de zalameros contoneos; no lejos, el negro Cuervo, agorero y locuaz; acá, se dejaba ver el harmonioso Ruiseñor, cantor de serenatas en los sotos silenciosos, a la luz de la luna; aquí y allá saltaban las Golondrinas, las amadas de la primavera, y aun del Hombre... bien que éste no ama.

—¿No ama?... ¿Ni aun el Serafín de Asís amaba?— Por una excepción: por eso lleva tan hermoso título. *Serafín* es palabra oriental que significa «ángel de fuego», que arde de amor. Comprendió Francisco que sus hermanos, los Hombres, fríos ante la Naturaleza, sólo piensan en odios, más o menos disfrazados, y se dió a amar las obras de Dios con cariño infinito. Parecía un loco.

Francisco se preparó, desde luego, a hablar a los habitantes del aire, recién llegados. Estos, bajaron de los árboles, se colocaron en ordenados grupos sobre la pradera florida y perfumada y, con piedad y compostura edificantes, prestaron atención.

He aquí la plática del Santo, tal cual la tomé, con respeto, de la encantadora crónica medioeval llamada *Florecitas*, verdadero ramillete de rosas de amor que un poeta desconocido formó con arte para eternizar las glorias franciscanas:

«Pájaros, hermanitos míos, vosotros estáis muy obligados a Dios, vuestro Criador, y siempre en todo lugar debéis alabarle con cánticos y gorjeos; porque os ha dado graciosas alas para volar por toda la vasta región del aire; porque os ha dado el vestido duplicado y triplicado y engalanado con variedad de colores; porque guardó vuestro germen en el arca de Noé, a fin de que vuestra especie no pereciese. Demás de esto, vosotros no sembráis y no segáis, y Dios os alimenta en la mesa de de su Providencia, dándoos los ríos y las fuentes para vuestra bebida, los montes y valles para vuestro refugio, y los árboles altos para hacer en ellos vuestros nidos; y conociendo que vosotros no sabéis ni hilar ni coser, Dios os viste a vosotros y vuestros hijos. Por todo lo cual, os ama mucho vuestro Criador, supuesto que os hace tantos beneficios; y de aquí el cuidado que debéis poner, Pajaritos míos, de no caer en el pecado de ingratitud, procurando siempre bendecir y alabar a Dios».

Silenciosas y muy atentas estuvieron aquellas avecillas vocingleras y juguetonas. Francisco les dió su bendición y ellas se dispersaron en seguida, bulliciosas y alegres, formando en el aire una gran cruz, que se delineaba con precisión y harmonía bajo el cielo limpio y azul de aquella comarca de Italia.

El Santo, derramando lágrimas de ternura, entonó su himno de *Frate Sole*, y desapareció en la sinuosa vía. Los árboles estremecían, a su paso, su follaje sonoro; las flores se volvían a mirarle y le enviaban un saludo de aromas; las nubes le hacían sombra con delicado silencio. Y él oraba.

JOAQUÍN ANTONIO URIBE.

(Cuadros de la Naturaleza).



El Dr. Gustavo Michaud

Con el pensamiento rebosante de una tristeza plácida, medito en esta vida cuyas líneas armoniosas se destacan fuertes, sin vacilaciones, sobre el fondo de la muerte. ¿Cómo no sentir un noble placer, si fué un conjunto hermoso, si en todas las actividades que tomó en su carrera, nunca la torpeza contorcionó su espíritu?

Es la idea de que nunca lo volveremos a ver y el recuerdo de las ingratitudes que los hombres exprimieron en su copa, lo que pone una sombra en este sereno sentimiento.

Las lágrimas que por su muerte se derraman no tienen sabor amargo, y al descender se confunden en los labios con la sonrisa de infinita ternura que sube del corazón al rememorarlo.

Los adjetivos noble, sabio, bueno, adquieren al contacto de su memoria el verdadero sentido que los creara. Y uno siente que no los coloca sobre su nombre para darle relieve, sino que brotan de él como las rosas en un rosal sin espinas.

Nunca oí su voz ni estreché su mano, y sin embargo quiero la vida de este hombre como no puedo querer la de muchas gentes con quienes tengo que ver todos los días; siempre busqué detalles de su modo de proceder y jamás me dieron uno que no fuera un hilo luminoso.

No es esta la hora de ir tras su recuerdo con lamentaciones y loanzas al estilo de las plañideras antiguas en torno de cualquier cadáver. ¿A qué abrumar su nombre con calificativos y epítetos, si con esto no hacemos más que cubrir lo que desnudo es tan hermoso?

No es el adjetivo—palabra fabricada por las apariencias para satisfacer sus intereses—el que puede responder a mi anhelo de expresión cuando pienso en la existencia de este varon; que no fué la suya servidora de apariencias, sino de hechos. A lo largo de ella la acción va y viene sin descanso, fecunda, enérgica, silenciosa. El verbo Hacer y el verbo Amar la llenaron y juntos forman la armonía que el oido atento percibiera siempre al pasar a su lado. *Hacer amando* parece haber sido su lema.

Por eso quiero que esta página que hoy escribo en su homenaje ponga de manifiesto hechos suyos y no sea un pretexto para mis literaturas.

Profunda huella deja en la ciencia este investigador enamorado de la obra de Dios. No le es dado a mi ignorancia el juzgarla, pero la opinión del Dr. Cl. Picado T. me guía en el ejemplo que escojo para citar:



Dr. Gustavo Michaud

Se trata de la confirmación de una hipótesis científica del Dr. Michaud a la cual el doctor Picado T. dedica un artículo publicado en el número 20 del tomo 4º del Repertorio Americano. El afán que impulsó a su autor a escribirlo parece hallarse interpretado por el Editor de la revista en la introducción, que es oportuno reproducir aquí:

«Este artículo será una sorpresa para el Dr. Michaud. Hemos querido dársela a él y al país. Hemos visto ya deteriorado el original en francés de la interesante carta. El descubrimiento del Doctor es tanto más meritorio, cuanto que hace cuatro años no se conocían aun las cualidades terapeúticas del bismuto en la sífilis. Si aquí realmente la ciencia fuera una preocupación civilizada, estaríamos atentos a lo que dicen y hacen hombres del calibre intelectual del Dr. Michaud. Pero no, los afanes del dinero y los de la política nos tienen tan atareados que apenas si nos damos cuenta de que entre nosotros viven hombres de virtudes y de luces. Y en la ciencia como preocupación civilizada hay honor, y los rendimientos monetarios que tanto nos desvelan. Habiéndonos adelantado cuatro años, el descubrimiento francés lo habría sido de Costa Rica, algo muy bueno, y los beneficios de los medicamentos patentados y eficaces habrían sido para el médico costarricense, o corporación que hubiera tomado en serio el descubrimiento del Doctor. Pero así vamos». Hasta aquí la introducción.

Después el Sr. Picado T. habla en su artículo de una carta que le enviara el Dr. Michaud, en la cual le invita a ensayar el vanadato de sodio contra la fiebre intermitente, la lepra y el cáncer, Termina la carta así:

«He pensado que tal vez Ud. encontraría en el hospital un médico dispuesto a hacer estos ensayos. Si Ud. cree como yo, y Ud. encuentra al médico, recomiéndole comenzar con prudencia por muy pequeñas dosis, pues si se ha empleado el vanadato de sodio, en dosis de un miligramo en 24 horas, nada sé del vanadato de amonio. De cualquier manera, no es sino buscando pacientemente como se llegará a encontrar agentes que como el arsénico y el mercurio, sean más venenosos para ciertos microbios que para las células de nuestro organismo».

Años después encuentra el Sr. Picado T. en *Les Comptes Rendus de la Societé de Biologie de París*, una nota que trata de *el vanadio en la sífilis experimental del conejo* y *en la sífilis humana*. Es la misma hipótesis formulada por el Dr. Michaud cuatro años antes. El Sr. Picado hace este comentario: «Para el Dr. Michaud queda el honor de haber expuesto la teoría antes que nadie. Le queda el placer de ver pasar su idea victoriosa por el camino que le trazaron los sabios de París, de reputación mundial».

Otro aspecto suyo es el de profesor. Como observa y estudia siempre con amor, con curiosidad fresca de niño, palpitando en las antenas de su pensamiento, sabe ser educador en todo la amplitud del vocablo. No es dogmático, porque la duda fecunda pone siempre su interrogación ante la profunda mirada de sus bondadosos ojos. No discute métodos, emplea el que le ha servido para sí mismo: la experimentación amorosa y paciente y las lecturas interesantes. Cuando da la lección, sus palabras no revolotean en el vacío, ni funambulean en una cuerda para deslumbrar espectadores simples, sino que descansan en hechos. No construye en la onda voluble ni en la arena de la divagación: construye en la tierra firme del experimento. Su actitud en la enseñanza no es la de un dómine pedante, sino la de un estudiante siempre joven, inclinado con humildad ante lo que la Naturaleza y el libro le enseñan. El escribió una vez:

«Quien se queda satisfecho con los conocimientos adquiridos en la escuela se queda atrás. Quien quiere progresar tiene que estudiar durante toda la vida. Se ha dicho frecuentemente que la escuela debe preparar para la vida práctica; sí, pero bajo una condición: es que la vida práctica entera no sea más que una preparación para la escuela. En mi concepto el estudio debe

ser ante todo, no un medio sino un fin. Adelantar, desarrollarse, irse para arriba, en eso yace el objeto supremo de la vida humana. Me ha parecido algunas veces que la escuela moderna, tanto la primaria como la secudaria, en Europa como en América, pierde de vista este objeto, la necesidad imperiosa del estudio después de las aulas, y se considera como suficiente en sí, en lugar de considerarse como un simple prólogo al Libro de los Conocimientos. Los alumnos que de ella salen no me parecen tener siempre por ideal: saber, y saber hoy más que ayer».

Ama el libro, pero aquel cuya lectura enaltece y ensancha el campo de visión espiritual.

En un artículo suyo dedicado al libro y que se publicó hace unos años en el REPERTORIO AMERICANO, (1) y que le valiera al editor una felicitación de Eugenio D'Ors—titulado con aquellas palabras dichas por una voz misteriosa a San Augustín en uno de los momentos de álgida inquietud que precedieron a su conversión: *Tolle, Lege*—dice algo que me ha quedado resonando desde entonces:

«La Biblioteca de un colegio de segunda enseñanza o de una escuela primaria tiene que ser una biblioteca circulante. Cada alumno, cada profesor, debe tener el derecho de llevarse para su casa a lo menos un libro a la vez y de guardarlo a lo menos una semana. Algunas personas hacen objeciones a la circulación de los libros, basándose en el peligro que corren éstos de ser deteriorados, perdidos, o robados. Tal objeción proviene de una concepción respetable pero errónea del libro y de su objeto. Hasta mitad del siglo XIX, una biblioteca era considerada como una colección de libros, los cuales debían guadarse tan celosamente como las antigüedades de un museo nacional. La idea que me hago de una biblioteca escolar, es algo diferente; veo en ella únicamente un foco de luz. *Los libros sirven únicamente si son leídos. Los libros útiles son útiles exactamente en proporción del número de personas que los leen. Libros que quedan siempre sobre un estante, aunque sean libros excelentes, son más nocivos que útiles pues ocupan espacio, exigen cuidados y no dan nada en compensación. En el caso de los libros como el de los hombres, servir y perecer es mil veces preferible a vivir y ser inútil.* ¿Dónde está el General que rehusa librar batalla porque algunos de sus soldados bien pudieran resultar heridos o muertos?»

El escritor dejó páginas hermosas en los álbumes de sus discípulas románticas. ¿Alguien quisiera recogerlas?

Me dicen que de joven escribió una novela en francés que deseo mucho conocer.

Y cuando uno se asoma al mundo de afectos íntimos, donde guardó las imágenes de la esposa, de los hijos, de los amigos, cree estar ante algo tan delicado como la corola de la flor.

Sus maneras fueron dulces, sencillas y a todos, grandes y pequeños, trató con gentileza. La gentileza fue un hábito de su inteligencia.

Hermosa unidad la que resulta de estos diversos aspectos y que no destruye la muerte. Sobre su misterio y su silencio, brilla como una estrella sobre el cielo de la noche.

CARMEN LIRA

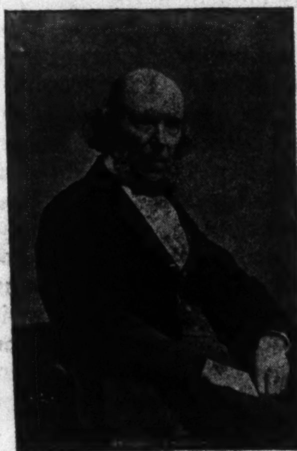
Julio de 1924.

(1) Véase el Nº 2 del tomo 1.

REVISANDO PAPELES VIEJOS

Herbert Spencer y sus paisanos

El gran filósofo ha muerto el 9. *(Dic. de* **1903***)*, a la edad de 83 años largos, ha muerto aquí *(Brighton)*, en la casa que ocupaba desde algunos años atrás, a la orilla del mar, en la parte oriental de la ciudad *(Kemp-Town)*. Lo han enterrado hoy, quiero decir, muy de mañana han transportado su cuerpo al nuevo crematorio de Londres, para ser incinerado. Sus cenizas serán enterradas enseguida en el cementerio de Highgate.



SPENCER

Por supuesto, ninguna ceremonia religiosa. Los creyentes, siempre amigos del tráfico, trataron de apoderarse del cadáver de Spencer, a fin de conducirlo a la abadía de Westminster, el Panteón Nacional. Esto fue lo que lograron hacer con Darwin.

A propósito de esto, hay algo que comunmente no se conoce, y es que publicaron también, trunca, en la *Nature* la carta irreligiosa, que como respuesta, Darwin había escrito a un estudiante alemán y en la cual él decía que de ningún modo creía en las tradiciones hebraicas que constituyen lo que llaman «la revelación». Este pasaje comprometedor lo suprimieron de la carta.

Por dicha los amigos de Spencer—no tenía más parientes cercanos que unos primos, en Alemania—han sabido impedir que se hiciera algo parecido con el gran filósofo, abriéndole las puertas del panteón inglés. Se han ajustado estrictamente a la voluntad que el mismo Spencer había expresado: el cuerpo será incinerado; nada de flores; nada de duelo.

De este modo ya puedes tú imaginar el vacío que la «gran prensa» y la alta canalla han hecho alrededor de este muerto. Se ignora quién es. Llegado aquí, veo las banderas flotando a media asta en las torrecillas del muelle y en las estaciones de los guardacostas. Al día siguiente los omnibus estaban cubiertos de crespón negro. «Sin embargo, se piensa en Spencer», me decía yo. Se le conoce en Brighton. Al otro día todo esto desapareció y supe que se había hecho una manifestación de duelo, porque ese día se enterraba a un Consejero Municipal. En cuanto al filósofo que había vivido diez años en Brighton, nadie había pensado en él allí. El 9, después del medio día, nadie sabía si él viviría o no aún y ha sido yendo a su casa como supe que había muerto a las 4.45 de la mañana. Inglaterra no conoce a Spencer. Le conocemos muchísimo mejor en Francia, en Rusia, en España.

PEDRO KROPOTKINE

(Les Temps Nouveaux. París).

El número próximo del "Repertorio Americano", será un homenaje a EMILIO ZOLA.

SUMARIO:

Emilio Zola, por Leopoldo Lugones.
Zola, por Augusto Thompson.
Notas sobre Zola, por Alberto Gerchunoff.
Releyendo a Emile Zola, por Eugenio D'Ors.
Las mujeres de Zola, por Enrique Gómez Carrillo.
En la muerte de Zola, por Carlos Arturo Torres.

Busque ese número; ¡valdrá la pena!

Guarias del crepúsculo



Guarias de Turrialba

1

ETERNAMENTE—mientras palpite mi alma sobre la tierra—viviréis en mi memoria, con vuestros fulgores quiméricos, anocheceres de Cartago.

Os unís en mi espíritu al melancólico recuerdo de las guarias, que en esa hora profunda aromaron mis días fantásticos.

En la serena belleza del valle de Guarco, en la mansión de las nieblas errantes, frente al Irazú, moría yo de amor en mi última primavera florida.

Moría de intensidad feliz, y de encendido soñar, y de emoción sobrehumana, con el alma suspensa en lo infinito y con el pensamiento saturado de eternidad. Y todo se revestía ante mis ojos de formas irreales, de perfiles vagos, de misteriosas ensoñaciones... Lo móvil y lo inerte, el ser y el objeto, me daban la absoluta expresión de su sentido recóndito. Y las voces amigas, y los encajes de las nubes, y la visión azul de las montañas, y el perfume de las guarias eran un mismo ritmo de placer y de música en la plenitud amorosa de mi corazón.

2

En la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, en los rezos de la tarde, inmensos ramilletes de guarias de colores exornaban los altares. Languidecían en el recinto sagrado; y confundido con el del humo del incienso su olor evocaba el fúnebre olor de los cipreses y las imágenes del Silencio y de la Muerte.

3

Guarias de Turrialba, de pétalos de color de oro antiguo, de amarillas sedas venecianas, que esparcís en la noche vuestro aroma de ensueño...: en grandes jarrones os ví brillar en las estancias de los hogares venturosos.

4

Guarias blancas, de un sonrosado de rubor de doncella, de hojas amplias y suaves, que florecéis junto al mar: manos ducales que se os parecen, en canastas de frágiles mimbres cuidan de vuestra vida fugaz...



Guarias moradas

5

Pero las que yo amo sois vosotras, tiernas, primorosas, lánguidas guarias moradas, más humildes que todas, más sencillas y más tristes...

... Os ví en las tardes frías de marzo, próvidas de inverosímil abundancia, cubrir en el monte las ramas de poró; balanceándoos en ligeras guirnaldas en los corredores de los suburbios; prendidas, como inmóviles mariposas de amatista, sobre los senos cándidos y las cabelleras oscuras de las muchachas de los campos.

6

Guarias amarillas, sonrosadas y blancas, símbolos fragantes de la plácida vida familiar en la inolvidable tierra de Costa Rica: vivís en mí como si fuérais parásitas de mi corazón, adheridas a mis recuerdos como las yedras a los árboles...

7

Pero mi sentimiento más hondo, mi emoción más íntima es para vosotras, guarias moradas, humildes guarias del crepúsculo, Estáis estrechamente unidas a mis inmortales horas de amor en la mágica ciudad, a mis remembranzas y a mis ilusiones, a cada minuto de aquellos dulces días que jamás volverán...

8

Jóvenes amigos que suspirando mis versos me conduciréis mañana en vuestros hombros a la región de la perenne paz: no me prodiguéis tardíos elogios, ni con vanas palabras exaltéis mi obra y mi vida: no cubráis mi féretro de rosas purpúreas ni de romanticos laureles. Ni lágrimas, ni oraciones, ni dolientes músicas. Nada de homenajes banales, ni de fórmulas efímeras: sólo quiero sobre mi sepulcro un fresco ramo de guarias moradas.

FROYLÁN TURCIOS

20 de junio de 1924.

El tropismo de la guerra...

(Viene de la página 280).

ficativo, de sufrimiento y mejoramiento; reside en el golpe cortante o presión lenta de las necesidades económicas fatales, en las esperanzas y luchas suscitadas por una percepción siempre más clara de estas necesidades a través de las edades».

He leído este libro y doy testimonio de que sus autores, Guy de la Balut y George Friedmann, han realizado esa promesa. Han relatado una historia clara y viva. Si vuestros niños van a estudiar historia de Francia que sea en este libro. Si tú mismo quieres conocer el papel que Francia desempeña en el mundo apréndelo de un libro honrado como éste.

Y únete con migo en la esperanza de que los editores e impresores de las series no esperen mucho para darnos un libro que nos cuente la verdad acerca del pueblo de Inglaterra y sus luchas con gobernantes y financieros; y a continuación acerca del pueblo de Alemania, y quizá después acerca del pueblo de Afghanistan, o tal vez de Azerbijan, o Mesopotamia o Korea.

UPTON SINCLAIR

(Traducido para el REPERTORIO AMERICANO).

Noticia de libros...

(Viene de la página 282).

Vincenzi me dice que ha recordado con insistencia, al leer *El solar de los Gonzagas*, dos novelitas de Turcios: *El fantasma blanco* y *El vampiro*, sobre todo *El vampiro*. En verdad son obras que deberían figurar en el mismo anaquel si se hiciera una biblioteca de altas novelas americanas; sin embargo, las novelas de Turcios tienen cierta influencia fantástica, poeana, mientras la de Wild Ospina es real, vivida.

Espero me mandes la impresión que te ha causado esta novelita; me parece verte con un lápiz en la mano, señalando infinidad de trozos que pueden seleccionarse para la antología de «miniaturas preciosas». Emilia Bernal habría citado con *María* y *Cecilia Valdés*, bellos ejemplos de novelas escritas haciendo uso de vocablos regionales, *El solar de los Gonzagas*.

Tu viejo amigo,

RAFAEL ESTRADA

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.